

GUIÓN DEL VIDEO DE PUNTOS DE INFLEXIÓN ECOLÓGICA

LOS JARDINES COMUNITARIOS DE NUEVA YORK

Gerald Marten y Steve Brooks
(Traducción de David Núñez)

Nueva York es una ciudad famosa por su grandeza. Representa para muchos la promesa de los Estados Unidos, atrayendo a millones de visitantes cada año. Sin embargo, junto al esplendor también existe la tristeza de los barrios bajos. Edificios abandonados y lotes baldíos son criadero de pandillas y narcotraficantes. Con infames tasas de criminalidad y condiciones deplorables, es difícil imaginar que alguna vez estos barrios alguna vez mostraron vitalidad y crecían. Éste fue el caso con el distrito histórico conocido como “The Bowery” en el Lower East Side de Manhattan.

En los 1700s, The Bowery era un distrito agrícola al sur del centro de la ciudad. Un lago cercano llamado Collect Pond, era sitio de pesca. Y era notable el centro vacacional de Teawater Garden, nombrado así por un manantial cercano. En su apogeo, caminar por este barrio era como pasear por un bello jardín.

Lamentablemente para finales de los 1700s, The Bowery empezó a decaer. Aumentó la contaminación con el aumento de la producción manufacturera y sus desechos. La contaminación del lago por parte de cervecerías y rastros llevó a que la ciudad lo clausurara y rellenara. Las granjas fueron urbanizadas y la población explotó. Para finales de los 1800s, después de que la Ciudad construyó un tren elevado a lo largo de ambos lados de la Calle Bowery, los edificios se convirtieron en basureros y albergues de vagabundos, y creció el crimen.

Durante los 1960s y hasta principios de los 1970s, el gobierno de la ciudad respondió a una crisis financiera al eliminar servicios públicos en The Bowery. La seguridad pública deterioró al cerrarse estaciones de policía y bomberos. La gente huyó, dejando edificios vacíos. Muchos caseros dejaron de darle mantenimiento a sus propiedades, que pasaron a ser propiedad de la Ciudad cuando éstos dejaron de pagar sus impuestos prediales. El círculo vicioso parecía no tener escapatoria.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar en la primavera de 1973, gracias a un pequeño incidente con Liz Christy en un lote baldío en la esquina de las calles Bowery e East Houston. Recién llegada al barrio, la artista lo consideró como un lienzo viviente. El lote tenía montones de basura de hasta tres metros de altura. Un día Christy vio a un niño jugando en un viejo refrigerador abandonado allí, y se quejó con la madre, diciéndole que era inseguro. La madre contestó que si tanto le preocupaba, debía hacer algo al respecto. En pocas semanas Christy organizó a sus amigos, en gran parte estudiantes universitarios recién llegados al barrio, y comenzaron a limpiar el lote baldío.

Los voluntarios trabajaron durante tres meses sacando basura, nivelando el suelo y trayendo tierra nueva para crear un jardín. Utilizando el estiércol de una estación de

policía montada como fertilizante, formaron 60 lechos alzados y comenzaron a sembrar. Los vecinos, en su mayor parte hispanos y negros, al principio dudaron de estos jóvenes blancos en ropas de hippie, pero al ver cómo tomaba forma el Jardín Comunitaria Bowery Houston, no pudieron resistir las ganas de involucrarse. Dentro de pocos meses pudieron aprovechar los resultados de su labor, pues producían tomates, pepinos y otras hortalizas en abundancia.

El gobierno de la ciudad reaccionó amenazando con clausurarles el proyecto por invasión de propiedad. Sin embargo, artículos en el periódico New York Daily News movilizó a la población a favor de los organizadores, quienes se hicieron llamar la “Guerrilla Verde”, y la Ciudad decidió rentarles el lote por tan sólo un dólar al año.

Pronto Christy trabajaba de tiempo completo asesorando a otros barrios en la creación de sus propios jardines. Para 1978 colaboraba con el Departamento de Parques Urbanos en un proyecto que ofrecía plantas, herramientas y asesoría para jardines comunitarios.

Cada jardín era administrado por los mismos vecinos involucrados, dándoles un sentido de propiedad y responsabilidad sobre el proyecto. Ajustaron cada jardín a las necesidades y el carácter particular del barrio en que se encontraba. Así como la biodiversidad fortalece al ecosistema, los jardines se beneficiaron de la diversidad de edades, ocupaciones, etnias, habilidades e ideas de los participantes.

Los miembros de cada jardín formularon reglamentos sencillos pero estrictos. A cada interesado se le otorgaba una parcela, la cual estaban obligados a mantener en uso activo. Las parcelas descuidadas eran re-asignadas. Otras reglas garantizaban el respeto a parcelas ajenas. Cualquiera que no advirtiera advertencias y corregía su conducta, era expulsado.

Un sondeo del gobierno municipal encontró que en un total de 81 hectáreas de tierra los jardineros se producían alimentos con un valor de un millón de dólares anualmente. Y el 75% de los jardines hacían donativos de su cosecha para ayudar a los más pobres.

Pero los jardines brindaron mucho más que alimentos. Fueron islas de refrescante sombra durante los calurosos veranos. Tan sólo una media hectárea puede absorber más de dos toneladas de dióxido de azufre, el componente principal de la lluvia ácida y una seria amenaza para la salud. La diversidad de cultivos, flores, arbustos y árboles generaron hábitat para pájaros, insectos y otra fauna silvestre. Un solo apicultor podía producir más de 45 kg de miel al año.

Y lo más importante, los lotes baldíos eran transformados en atractivos puntos de reunión o “centros comunitarios al aire libre”. Las áreas verdes redujeron el estrés, fortaleciendo la salud física y mental de los residentes. Bodas, cumpleaños, parrilladas, festivales musicales y teatrales, y agrupaciones políticas se celebraron regularmente en los jardines, que además recibían visitas escolares. El resultado fue el fortalecimiento

del orgullo comunitario, la solidaridad entre vecinos y una mentalidad compartida de intolerancia hacia la suciedad y el crimen.

Cada oasis urbano inspiró a otros barrios a seguir su ejemplo. De un jardín al otro, la progresión del deterioro urbano fue frenada y finalmente revertida. Regresaron los residentes a los barrios deprimidos, los caseros invirtieron en renovar y mantener sus edificios; regresaron los comercios; con los nuevos impuestos cobrados por la ciudad, mejoró la calidad de los servicios públicos. En su apogeo a mediados de los 1980s, la ciudad tenía más de 800 jardines comunitarios.

Y el concepto se propagó. El Departamento de Agricultura del Gobierno Federal apreció el innovador concepto y apoyó su crecimiento en otras 22 ciudades a lo largo y ancho del país.

Los jardines capacitaron a toda una generación de activistas dedicados a otros proyectos ambientales. Visitantes que llegaban a Nueva York de otras ciudades, y de otros países (como Francia, China y Suecia) aprendieron cómo establecer jardines comunitarios y regresaron a sus hogares con esta información e inspiración.

Y luego vino un tropiezo. El mismo éxito de los jardines comunitarios de Nueva York amenazó su misma existencia. Al hacerse más deseables los barrios con jardines, los funcionarios de la ciudad comenzaron a vender estos mismos predios para el desarrollo inmobiliario. Al principio, a finales de los 1980s, unos cuantos jardines fueron arrasadas para el desarrollo de vivienda popular, pero para 1994 siendo alcalde Rudolph Giuliani, una plaga de excavadoras descendió sobre los jardines. En vez de dedicarse a vivienda popular, los lotes eran vendidos a inmobiliarias. El plan era el aburguesamiento urbano.

Pero Giuliani había calculado mal. No contó con las profundas raíces que habían echado los jardines en el corazón de los neoyorquinos. Y al amenazarlos simultáneamente resultó uniéndolos en su contra. Pronto se organizó la Coalición para la Preservación de los jardines de Nueva York para enfrentársele en batalla. Mientras que algunos protestaron en las calles y en los medios, otros luchaban en las cortes con el apoyo del Procurador del Estado, Elliot Spitzer. Al final el sucesor de Giuliani tuvo que negociar y lograron salvarse unos 600 jardines.

Lo novedoso de esta generación de espacios verdes es que no fueron planeados por el Ayuntamiento, sino que nacieron, literalmente, de los barrios. Los vecinos frustrados y hartos de esperar a las autoridades, implementaron su propio movimiento para enverdecer su ciudad. Los residentes revitalizaron sus barrios, rescatándolos del deterioro.

Esta saga de 35 años es un ejemplo de un Punto de Inflexión Ecológica que demuestra cómo una acción positiva que realmente toca a la gente puede poner en marcha cambios dramáticos para el bien de la comunidad. La Guerrilla Verde interrumpió un círculo vicioso catastrófico. Tomaron un elemento de su ambiente urbano – el lote

baldío – y lo transformaron en un recurso comunitario que les permitió hacer algo por sí mismos. En vez de huir, la gente regresó. Los cambios positivos ganaron fuerza y superaron a las fuerzas negativas que impulsaban el deterioro, y ultimadamente la comunidad y su entorno urbano comenzaron a funcionar sustentablemente.

En tiempos en que demasiados sistemas tienden en la dirección errada, el éxito en Nueva York desmiente nuestro temor de que la problemática ambiental sea demasiado grande, demasiado costosa y demasiado complicada para poder resolverse. Los Puntos de Inflexión Ecológica demuestran que no sólo es posible vivir en armonía con nuestro ambiente, sino que hacerlo está a la mano.

Los detalles de esta historia y docenas de otras historias de éxito ambiental pueden consultarse en el sitio web de Puntos de Inflexión Ecológica: www.ecoinflexiones.org.